

CAMBIÉ EL AMOR POR EL ODIO Y AHORA SOY UN ANDROIDE

Por Walfre Ricardo Estrada Tobar

DERECHOS DE AUTOR

© 2024 Walfre Ricardo Estrada Tobar. Todos los derechos reservados.

CRÉDITOS

Este libro fue escrito y desarrollado por Walfre Ricardo Estrada Tobar, con la ayuda de herramientas de inteligencia artificial para ilustraciones y algunas correcciones de estilo. Las revisión finales fueron realizadas por Ludmila Tobar Barrera de Estrada.

CONTENIDO

DERECHOS DE AUTOR	III
CRÉDITOS.....	III
PROPUESTA IMAGINARIA	1
PRELUDIO OSCURO	3
SENTENCIADO	6
MI PRIMER AMOR	20
LA NUEVA GUARDIANA.....	38
DEMASIADO TARDE.....	60
UNA SORPRESA SUBTERRÁNEA.....	68
PRIMERA ENTREVISTA: LA MORGUE	84
SEGUNDA ENTREVISTA: EL FISCAL	92
TERCERA ENTREVISTA: DR. ERNESTO SARCO	99
CUARTA ENTREVISTA: LOS DIENTES DEL CAZADOR DE RATAS	107
A LA RESISTENCIA I.....	121
A LA RESISTENCIA II.....	126
A LA RESISTENCIA III.....	144
A LA RESISTENCIA IV.....	159
A LA RESISTENCIA V	186
MI PRIMER REPORTE	199

UN VIDEO PARA LA LIBERTAD	205
EL PEQUEÑO ELEFANTE ROJO.....	217
PANQUEQUES.....	223
UNA OPORTUNIDAD INFALIBLE	227
LA INDUSTRIA DE HERLAIN	230
HERING Y ANANARKIS.....	250
LOS INVITADOS DE HERING MASHER	255
SUS PRIMERAS PALABRAS.....	271
CAMBIO A NARRADOR OMNISCIENTE.....	277
CAMBIO A NARRADOR LÁUREL ANDROIDE.....	278
EPÍLOGO.....	280
AGRADECIMIENTOS	281

PROPUESTA IMAGINARIA



¡EXPLORA MI UNIVERSO DE CIENCIA FICCIÓN!

Estimado Lector:

Te invito a adentrarte aún más en el fascinante mundo de mi novela de ciencia ficción. Escanea el código QR para descubrir cómo imagino los escenarios, los personajes y algunos de los objetos más intrigantes de esta historia. A través de ilustraciones creadas con inteligencia artificial, podrás ver cómo cobran vida las ideas que forman el corazón de esta aventura futurista.

¡No te pierdas esta oportunidad de vivir una experiencia visual complementaria a la lectura! ¡Escanea y descubre el futuro hoy mismo!

UNA SORPRESA SUBTERRÁNEA

Abandonado en mi fría celda iluminada, con una terrible sensación de carencia y corrupción, me consumía la desesperanza. De alguna manera, se las habían arreglado para quitarme el sentido del tacto en ambas manos, aunque aún podía sentir mis brazos y moverlos. Lo mismo les ocurría a mis pies, y ya no podía caminar con libertad, estaban adormecidos.

Además, estaba ciego, pero no completamente. Podía ver sombras, como si toda mi visión estuviera nublada por una espesa y densa niebla. Y, finalmente, como un perro macho con un comportamiento sexual impulsivo que no discrimina y monta cualquier objeto, pierna o animal, me habían castrado por completo.

Por gracia aún conservaba la capacidad de pensar lógicamente, no me habían introducido ningún chip; aunque mi mente estaba obsesivamente invadida por pensamientos de asesinato y venganza, me reproducía imágenes sin cesar, una tras otra, mientras torturaba a Leandro, a Hering, después a la guardia que vino tras Ananarkis: a Helga XR, a los dos policías panaderos, a la Jueza, y finalmente, al mismo Dr. Sarco. Sin embargo, esos pensamientos se volvían en mi contra, y era yo a quien ellos torturaban y mataban.

Esto me hacía gritar rabiosamente con todas mis fuerzas, sin obtener ninguna ayuda del exterior, me imaginé como un vagabundo ignorado por una multitud que está gritando por auxilio. El silencio y la soledad eran mis salvadores que aparecían inmediatamente al terminar de forzar mis cuerdas vocales.

Me preguntaba constantemente: “¿Por qué no me habían transformado en un autómata como Ananarkis o Helga XR?” ¿Acaso no servía ni para ser esclavo mental? Las lágrimas corrían incesantemente. Las limpiaba con mis manos carentes del sentido del tacto. Estaba en una situación tan absurda y confusa que terminé por desear terminar con todo de una buena vez. Ponerle un punto final a toda aquella catástrofe en la que me había envuelto.

Escuché un zumbido en mis oídos, inmediatamente me lancé de cabeza al suelo. Automáticamente comencé a golpearme la cabeza contra el suelo repetidamente, hasta quedar inconsciente.

“Despierta, niño. Vamos, levántate”. Una voz lejana, que después reconocí ser de una mujer anciana, más una terrible migraña y una hinchazón en la cabeza, me dieron la bienvenida de regreso a la tierra. No había muerto, eso lo tenía claro, pero no percibí estar en la sala blanca en donde me dejaban, así que empecé a buscar respuestas: “¿En dónde estoy? ¿Quién es usted?” fue lo único que pude decirle a la voz desconocida, la cual me respondió: “Habla más bajo... Todavía no has escapado. Estamos bajo tierra, en un escondite de este búnker que ellos llaman centro de rehabilitación”.

Al escuchar su respuesta, comprendí el acto que esa persona había cometido y quise conocer su motivo: “¿Por qué arriesgas tu vida para salvarme? Lo haces en vano, yo ya no valgo nada...” En mi estado pusilánime la anciana me respondió: “No sé exactamente qué hiciste ni quién eres, pero he escuchado todo por lo que te han hecho sufrir. Ya no pude tolerar que se siguieran divirtiendo contigo. Hubiera querido salvar a la niña Ananarkis, en aquella mañana, después que los capturaron en su pequeña escapada romántica para

ver la ciudad de noche, la volvieron a operar e introducir el chip nuevamente con tecnología reforzada”.

Al escuchar el nombre de Ananarkis, me levanté de mi asiento y hablé en voz alta: “¿Ananarkis? ¿Está segura de que era ella?” Y entonces, sentí su mano tibia sobre mi pecho desnudo empujándome lentamente hacia mi espalda, mientras me silenciaba: “Silencio, hijo. No hables demasiado alto. Si nos descubren, nuestras posibilidades de salir con vida de aquí son prácticamente nulas”, ese simple toque de la señora lo sentí como los más cercano a un hogar que puede tener un náufrago o un animal maltratado.

Reflexioné después de haberme acomodado, la anciana había dicho “salir”, un verbo para mí obsoleto, o antiguo, o arcano, uno que ya había borrado de mi lenguaje, sentí haberlo olvidado por siglos; sin embargo, la anciana lo hacía renacer en mi vida, y me sentí como el centinela se alegra de ver el amanecer, infiltrando sus palabras en mi jungla de desesperación, disparó un haz de luz en las tinieblas, al decirme: “Láurel —así escuché que te llamas— falta poco para nuestro escape, mientras tanto, bebe esto”.

La bebida que me dio la anciana era una especie de té, sabía muy amargo y seco como si hubiera exprimido un jugo de piedra y de tronco, además, era muy salado. Al dar el primer sorbo, tosí repetidamente hasta que finalmente caí en un agradable letargo. Fue la abuela que siempre deseé, ¡cómo olvidarla, me salvó la vida a pesar de que yo ya no tuviera remedio!

Me desperté sudando, y pude percibir —no digo ver porque recuerden que me habían nublado la vista— que nuestro escondite estaba oscuro. Me intranquilité de nuevo porque asumí que había imaginado a la anciana, pero

pronto sentí que alguien me frotaba la cabeza y me calmaba. Era ella, estaba ahí, yo no estaba solo, ¡qué alivio sentí!

La anciana me había cortado el cabello y me había afeitado, también se había tomado la molestia de bañarme, me sentía renovado y fresco. Además, ya no tenía tanto dolor en la cabeza por los golpes que me había infligido. “Llevas una semana durmiendo, Láurel. Ya era hora de que te levantas”, me dijo mientras consolaba mi brazo con su mano, su preocupación me hacía sentir dichoso.

La sensación de dicha que había tenido se esfumó repentinamente cuando mi mente recobró todas sus fuerzas. Las ideas obsesivas de odio, de miedo y de culpa habían retornado. El núcleo que las impulsaba a emerger era el temor acerca de que esta anciana no fuera más que otro plan de Hering Masher para darme esperanzas y de nuevo arrancarlas de forma violenta como lo hizo con Ananarkis. Finalmente, reuní algo de cordura mental para indagar y evitarme otra desilusión más: “Muchas gracias, pero me hubiera dejado morir. No sé si lo sabe, pero yo soy un caso perdido. Si salgo solo seré una carga, además, no tengo a nadie en este mundo”.

Había pasado mucho tiempo desde que el Dr. Sarco me había hecho fuerte emocionalmente. En mi tiempo en el orfanato, había dejado atrás esos pensamientos de debilidad. La lógica que había heredado a través de la resolución de problemas me había dado resistencia emocional. Dejé la tristeza por mi contexto, por el análisis de mi vida y las posibilidades que tendría de acuerdo con mis decisiones futuras. En otras palabras, de encontrar mi paz, como decía mi tutor, sería algo que uno mismo construye. Desde ahí comprendí

como si fuera uno solo quien debe salir adelante, sin ayuda de nadie; sin embargo, estar solo es una gran debilidad.

La anciana muy sabiamente me respondió: “Muriendo no cambias nada. Ellos seguirán, y tú habrás perdido la única arma que tienes: tu voluntad de luchar. La muerte es una salida fácil, pero no es la solución. Si quieres justicia, no la encontrarás en la oscuridad del suicidio”. Yo entendía su lógica, pero no tenía la misma llama para seguir luchando. En mi intento de defensa le respondí con sinceridad, olvidando que mi misión era descubrir si ella era un agente encubierto de Hering para seguir torturándome psicológicamente: “Pero señora, dígame, ¿de qué utilidad le es una hormiga a su hormiguero sin sus antenas y sus tenazas?”

La anciana solo ríe de tal dramatismo y me respondió: “¡Pues sirve de comida!” Su respuesta más su risa y su mano en mi brazo me dejaron perplejo, yo no entendía ¿cómo ella podía ser sarcástica frente a mí en mi momento de profundidad existencial? Así que le respondí susurrando, pero exaltado: “¡Cómo no es usted! ¿Verdad, señora? Se ríe, pero ya la quisiera ver medio ciega, medio manca y medio coja, ¡a ver si estaría atragantándose de la risa como lo hace ahora!” En silencio ella continuaba reteniendo la risa con todas sus fuerzas, yo no tenía otra opción más que escucharla.

La anciana después de calmar sus ganas de poder carcajearse continuó la conversación: “Simplemente no puedo... y no espero que lo entiendas, pero cuando pasas mucho tiempo solo y en la oscuridad, lo trágico solo te causa risa”. Después reí con ella, era como si el cuerpo, a pesar de que la risa no era evocada por algo cómico, obliga a reír para escapar del dolor de la situación.

Al final de ese momento cómico, ella se silenció con un suspiro que yo entendía sin necesidad de preguntarle si había sufrido alguna tragedia. Y pudimos retomar la conversación, mientras ella me daba de comer un pan viejo y rancio que probablemente había robado a los guardias del centro de rehabilitación, a pesar de sentir del sabor, no pude evitar estar agradecido de estar vivo y con alguna posibilidad de escapar de esa sala de tortura.

“¿Quién es usted señora?”. Inmediatamente me calló con un trapo por la boca y antes de contestarme me dijo que volviera a beber, pero esta vez era un suero. “Soy como tú, pero de otra profesión”. No entendí muy bien lo que quería decir, así que pregunté más: “¿También la acusaron falsamente?” Un suspiro y un pequeño ruido de platos colocados me hicieron comprender que estaba en lo cierto. “Sí. Soy la Dra. Esperanza Carrito”, su nombre me resultaba familiar, pero no podía recordarlo, y como un rayo, vino a mi mente la identidad de la anciana.

“Señora, usted desapareció hace ocho meses. Se decía que era su marido quien la había desaparecido”. Y con enojo, respondió ella: “¡Bah! ¡Mi esposo fue el mejor hombre del mundo! Un ingeniero químico que no hacía más que disfrutar de la música y su familia. Todo fue culpa de estas mismas personas, que, al fin y al cabo, por lo que escuché, son gente del gobierno. Pero conmigo, se presentaron como una famosa farmacéutica, destinada a asegurar a la sociedad con métodos biológicos modernos para frenar el impulso criminal”.

Me volví por donde creí escuchar su voz, como muestra de interés a lo que me contaba. Entonces ella continuó con su relato: “Sí, exactamente esa soy yo. Ellos se presentaron como la corporación Sayón, sin haber entregado ningún tipo de trabajo nos hicieron depósitos por cinco mil millones de créditos, era suficiente plata para retirarnos. Habían oído hablar del descubrimiento que

habíamos obtenido con mi esposo. Logramos que un animal obedeciera por completo las órdenes transmitidas desde nuestra línea de comandos directamente a su cerebro, el cual convertía el lenguaje humano al suyo a través de un chip y de los neurotransmisores que le implantamos mediante una vacuna. Mi esposo diseñó la parte de los químicos y yo ideé el esquema neuronal. Los resultados positivos los publiqué en una revista internacional. Hasta ahí, todo iba de maravilla. Muchas empresas nos ofrecieron sus servicios, pero Sayón fue la única que nos ofreció un ingreso mensual millonario, aunque nos advirtieron que debíamos salir de nuestro país y trabajar en sus instalaciones. ¡Haber aceptado su oferta fue el mayor error de mi vida! Nos acomodaron en esta gran mansión. Al principio, no había tanta seguridad como ahora, se adquirió después de que nuestro proyecto Neurocomando funcionara con éxito en humanos. Desgraciadamente, con mi esposo descubrimos que la empresa Sayón era falsa, y progresivamente fuimos sospechando que nuestro proyecto estaba en manos equivocadas. El plan macabro resultó ser iniciativa de dos personas del gobierno: Hering Masher y su aliado a quien ya no pudimos identificar. En el momento que supimos la verdad, intentamos huir. Pero ¡estaba tan vigilado el edificio que los guardias nos capturaron saliendo de nuestra habitación! Nos amenazaban con las peores torturas y así nos obligaron a seguir desarrollando el programa y la vacuna. La noche en que terminamos el programa Neurocomando, mi esposo me despertó y me ordenó que lo siguiera en silencio. Caminamos hacia el baño y descubrimos que, detrás del lavamanos, había una pequeña abertura que, por obra del destino, él había logrado abrir, revelando un camino subterráneo. Me pidió que entrara, me besó y me entregó una mochila llena de comida y medicinas, junto con un control que él mismo

había diseñado, capaz de apagar el sistema de vigilancia durante cinco minutos antes de reiniciarse. No tardaron en darse cuenta de que yo ya no estaba. Desde detrás de las paredes, me tocó escuchar en silencio las torturas a las que sometieron a mi esposo hasta que lo mataron”.

Había acertado al sospechar que también la doctora fue víctima de una gran tragedia. “Después de que le dispararon a mi esposo, y tras escuchar a Hering decir que ya habían obtenido lo que necesitaban de nosotros y que mantenernos con vida era un gasto, dieron la orden de buscarme en cada rincón, para no dejar ningún cabo suelto. Desde entonces, he vivido en estos subterráneos, desconocidos para ellos desde el momento que mencionas, o tal vez desde antes. Gracias al control que me dio mi esposo, he podido ir a la cocina y a la enfermería en algunas ocasiones para obtener suministros. Me temo que mi situación y la tuya no podrán sostenerse para siempre, pues pronto encontrarán el escondite, estoy segura... pero no te preocupes, ya tengo casi todo planeado. Hoy o mañana nos iremos de aquí. En mis escapadas nocturnas he logrado establecer contacto con unos amigos; ellos han pagado a una red de traficantes de carne para sacarnos del domo y llevarnos a mi país... Y, a partir de ahí, contaremos las humillaciones que sufrimos y la dictadura atroz que se está gestando.”

Al escuchar esa historia, aunque me sentí triste por la desgracia de la doctora Esperanza Carrito y su esposo, recuperé algo de esperanza. A pesar de que, en lo más profundo, ya la había perdido y esperaba lo peor, esa chispa, como una planta que brota entre el concreto, alimentó mi voluntad y nuevas fuerzas resurgieron en mí. Con entusiasmo respondí: “¡Tú solo dime cuándo, te seguiré sin importar a dónde!”

Después de veinticuatro horas decidimos emprender nuestro escape. Lo que implicaba no solo sobrevivir a los bio-soldados de la mansión, sino al complejo sistema de seguridad Argos Panoptes que vigilaba de forma integral toda la cúpula.

Nos sentamos. Por supuesto, yo estaba ciego, así que no podía saber en qué habitación estábamos ni cómo era físicamente mi salvadora, la doctora Esperanza Carrito. Sin embargo, sabía que ella estaba en una silla y que había una mesa frente a mí. El olor a humedad y el ambiente frío me confirmaron que estábamos bajo tierra, en el pasaje subterráneo del que me había hablado la doctora, ese camino que tantas veces supuestamente había explorado, hasta el punto de encontrar una salida libre de guardias o cámaras dentro de la mansión.

Era un desagüe que desembocaba en un río, pero ¿qué importaba ensuciarse un poco para obtener lo máspreciado y, a menudo, tan poco valorado por quienes nunca lo han perdido: la libertad? Solo esperaba que no termináramos como aquella resistencia polaca de una película muy antigua que nos obligaron a ver en el orfanato. En ella, los miembros de la resistencia se escondían en las alcantarillas huyendo de los nazis, pero al final, después de tanta paranoia por ser capturados o creer que los estaban gaseando, terminaban presos del enemigo, muertos, solos o locos.

Hablábamos entre susurros y silencios, porque escuchábamos gente cerca de nosotros, al otro lado del muro. Seguramente eran guardias, bio-soldados de primera generación, como Helga XR. Esta vez hablábamos más bajo de lo normal, como si la realidad hubiera escuchado las palabras de la doctora cuando dijo que nos quedaba poco tiempo antes de ser descubiertos. El hecho

de que yo estuviera desaparecido hacía que me buscaran con más empeño; oíamos grupos de personas registrando detrás de cada mueble, convencidos de que aún estaba en el edificio. Ambos temíamos que el enemigo pudiera contar con tecnología avanzada —algo de lo que no estábamos seguros— como dispositivos auditivos capaces de atravesar paredes o radares que detectaran signos vitales o temperaturas humanas para percibir la vida. Por eso, nos quedábamos callados cada vez que nuestros tímpanos vibraban; cualquier ruido nos hacía contener el aliento, como ratones escondiéndose ante cualquier sombra.

La doctora Carrito me dijo que la caminata sería algo larga y me convenció de que a las cuatro de la mañana era el mejor momento para llevar a cabo cualquier acción. Durante los meses en que había estado escondida, sin poder dormir por miedo a ser descubierta, descubrió que el mejor momento para salir a comer o realizar cualquier actividad sin ser escuchada era a esa hora.

“Es simple”, me dijo la doctora Esperanza Carrito. “Las cuatro de la mañana es una hora en la que la mayoría está fuera de vigilia”. La escuché con algo de incredulidad y le hice saber que me parecía una idea equivocada, ya que era una hora muy cercana al momento en que los guardias del turno diurno comenzaban su jornada. Después de todo, su turno comenzaba a las cinco de la mañana.

“Claro que no, Láurel, te equivocas”, me replicó con una lógica y experiencia que no pude contradecir. “A las seis es el cambio de turno de día y noche. Eso significa que las personas que van a comenzar su turno a las seis de la mañana son las que deben levantarse una hora antes. Te digo una hora, en el caso de

nuestros guardias, porque su trabajo es en donde duermen, por lo que no necesitan madrugar tanto, ya que no enfrentan riesgo de tráfico ni de distancia.”

Intenté refutar su idea para estar completamente seguro de que nuestro plan sería una victoria contundente. La cuestioné: “Doctora, son bio-soldados. Aunque tienen cuerpos humanos, son como zombis y no necesitan dormir.” Para mi tranquilidad, ella respondió: “No es cierto. Olvidas que estás hablando con la persona que diseñó el programa para controlar a esos ‘zombis’. Son seres humanos normales que socializan entre sí, pero hay ciertas conductas que programamos a través de un sistema de memoria inyectado mediante nanobots en áreas clave de su cerebro. Nos dimos cuenta de que, si el control mental fuera absoluto, el cuerpo naturalmente rechazaría cualquier monotonía. Nuestro instinto defensivo nos protege de cualquier amenaza que pueda dañarnos o llevarnos a la muerte. Notamos que el estrés aumentaba en mentes completamente controladas, lo que hacía que los bio-soldados se volvieran deprimidos o excesivamente violentos, afectando su rendimiento. Algunas personas incluso sufrieron accidentes cerebrovasculares que comprometieron el control mental total. Por eso, modificamos la fórmula para que estas personas siguieran siendo quienes eran antes, pero ajustamos ciertas actitudes hacia objetos específicos. Además, estas funciones de control pueden ser manipuladas durante la noche, mientras duermen. A través de los sueños, les enviamos imágenes que les indican cómo deben sentirse respecto a algo. Así, si una persona amaba a los animales, al despertar se convertirá en alguien que ve todo como proteína, si nosotros enviábamos esa idea a través de la línea de comandos. Por eso te digo que, aunque se cansan, se comportan como si estuvieran en un trabajo normal. Incluso hacen bromas y se enamoran. Por eso

te aseguro que a las cuatro de la mañana, según su horario y rutina, nunca nos descubrirán. Además, la persona que controla las cámaras se duerme a esa hora. Descubrí esto poco después de que mataran a mi esposo, cuando decidí salir de mi escondite para vengarme y llevarme a uno de ellos al infierno. Salí a las cuatro de la mañana, con dolor de cabeza y ojos hinchados de tanto llorar, y para mi sorpresa no encontré a nadie en los pasillos. Me moví libremente a la cocina, busqué un cuchillo afilado y escupí en toda su comida. Incluso le eché cloro a sus almuerzos. Mientras lo hacía, una luz captó mi atención; era la luz infrarroja de una cámara de seguridad. Había olvidado que el control solo bloqueaba la señal de vigilancia durante cinco minutos. ¡Casi me desmayo del susto! Esperé unos segundos, pero no ocurrió ningún alboroto, así que especulé que no había nadie en el centro de monitoreo. Recordé su ubicación y caminé hacia allí. Era una habitación estrecha con una puerta de metal fría, diseñada para mantener los servidores y evitar el sobrecalentamiento. Giré la cerradura con manos temblorosas, la puerta se sentía pesada y no sabía qué esperar, pero estaba dispuesta a morir luchando. Al entrar, encontré la habitación en completa oscuridad. Las pantallas estaban encendidas, pero el guardia estaba dormido. Solo había una taza de café frente al teclado. Me di cuenta de que aún no se había dado cuenta del error en nuestro proyecto de control mental 'absoluto', lo que fue perfecto para mí. Caminé hasta el monitor y vi todas las cámaras, confirmando que el pasadizo secreto donde ahora nos escondemos no aparecía en ninguna de ellas. Estaba tan concentrada que olvidé revisar el lugar antes de entrar. A mi izquierda, un bulto se movió. ¡Aterrorizada, me volví a mirar! Era el vigilante, quien, acostado en el suelo, giró hacia mí en un saco de dormir. Afortunadamente para mí, acababa de quedarse dormido y estaba en

un sueño profundo. Comprendí que los guardias suelen tomar una siesta para soportar su turno de vigilia. Además, el café estaba recién servido y aún humeaba, lo que me hizo pensar que probablemente estaba tomando una siesta de treinta minutos. Mi teoría de que se levantaban una hora antes de su turno parecía correcta, así que me retiré en silencio”.

La doctora Carrito tenía razón, y yo estaba convencido que las cuatro de la mañana sería una hora perfecta para nuestro escape, aunque mi condición física me hacía dudar del éxito de mi escape. Estaba ciego y no sentía mis pies ni mis manos, por lo que, a pesar de mis esfuerzos, no podía caminar con normalidad. Intenté sostenerme, pero no sabía si avanzaba o no, ya que no sentía nada. Dependía completamente de la doctora, y con su edad avanzada, no éramos los héroes ágiles de cualquier historia de acción; más bien, éramos como una tortuga. Sin embargo, con la inteligencia adecuada y los recursos que la doctora poseía en su país, representábamos la esperanza y la revolución. Recuerdo que, después de planificar, estaba agotado y completamente rendido. Esa noche, dormí en los brazos de Morfeo.

Al despertarme, sentí que no había dormido nada, la doctora Carrito me hablaba susurrando y con preocupación en su voz, me dijo: “Láurel, levántate, levántate, ¡vamos, vamos!” Quería dormir más; no había descansado durante el tiempo que estuve preso. Finalmente, la idea de una ilusión segura me permitió conciliar el sueño, y como un borracho de banqueteta, me opuse: “¡No voy! ¡No voy! Quiero dormir un poco más. ¿Por qué no salimos mañana? ¿Qué diferencia hay?” Sin embargo, no sabía que estábamos en peligro hasta que una sierra eléctrica para cortar concreto comenzó a sonar al otro lado de la pared. Helga XR empezó a gritar desde el otro lado: “¡Doctora Carrito! ¡Láurel! ¡Sabemos que

están ahí! ¡Aténganse a las consecuencias!” El chirrido del hormigón al cortar, junto con las chispas que pude ver a través de mi limitada visión, me hicieron saltar a los brazos de la doctora, quien me jalaba del brazo. Entre tropiezos e instrucciones, iniciamos nuestra huida.

El sonido de la sierra cortadora de concreto no se apagaba; al contrario, cada vez se agregaban más sierras cortadoras de concreto para acortar los tiempos de corte de la pieza gruesa de concreto. Mientras tanto, la doctora me instaba a continuar y no detenerme por mucho que tropezara.

Yo no podía evitar sudar en exceso, por el gran esfuerzo que estaba haciendo, hacía mucho tiempo que no caminaba largas distancias. Ahora, en cuestión de segundos, tal vez habíamos caminado todo un campo de golf... Exagero. No sé cuánto tiempo, sentí que habíamos caminado por un desierto mientras los bio-soldados seguían trabajando para derribar los muros.

Así que caminamos y caminamos hasta que, de pronto, un estallido de mazos comenzó a resonar desde las paredes. Estaban a punto de entrar. Nuestra desgracia no terminaba ahí: la doctora tropezó con algo y yo caí junto a ella.

“Arrástrate unos pasos y, cuando te grite, gira a la derecha: ¡hazlo!” No podía creer lo que me decía la doctora Esperanza. “¡Doctora, levántese usted también! ¡Podemos llegar! ¡Vamos! El plan no es que yo salga solo. Usted también debe escapar.” Una bofetada en mi cara me hizo entender que debía continuar, junto con el razonamiento sabio de la doctora: “Lárgate de aquí, Láurel. Yo ya he vivido. Tú puedes salir, y aunque con tus impedimentos, de seguro alguien se apiadará de ti. Pero si voy yo, es más probable que nos pillen pronto. Si solo me encuentran a mí, ganarás tiempo para escapar y buscar ayuda. Sé que vendrás por mí. Te conozco bien y sé que tu corazón es puro. Esto es exactamente lo que

necesita este país, lleno de gente corrupta. ¡Vamos, chico, huye! Pero primero, toma esto.” Sentí como si la doctora hubiera metido algo, como una bolsa de plástico del tamaño de su palma, en uno de mis bolsillos. Me dijo: “Es una navaja. Defiéndete.”

Escuché ruidos detrás de mí que gritaban instrucciones para alcanzarnos con armas cargadas y botas que resonaban en las paredes como si una tormenta se acercara en la distancia de un horizonte celestial. Me arrastré como un bebé a través de la oscuridad tan rápido como pude; cuando escuché la señal de la doctora giré a mi derecha, volteando mi cuerpo con la ayuda de mis codos y rodillas, sentí el olor de la libertad. No pude evitar sonreír al sentir el viento del exterior, podía escuchar el silbido del viento tocando los pinos y la corriente de un río. Pero toda esperanza fue atravesada por un sonido que sentí como el estallido de un rayo.

El eco llegó a mis oídos, escuché a la doctora luchar furiosamente. Y recordé sus palabras “[...] No me iba a importar porque estaba dispuesta a morir matando”. Recuerdo haber escuchado a los guardias gritar que estaba armada y que uno de ellos había sido herido de muerte. Luego, otro guardia le gritaba “¿Dónde está el recluso 001-2086?” Mientras tanto, yo gateaba hacia la brisa, hacia el olor de la libertad, lloraba con cada paso que daba por la doctora Esperanza Carrito porque no podía olvidar todo lo que ella me había dado. Me había dado algo más valioso que instrucciones para huir.

Lloré y traté de que el eco no repitiera mi llanto. Escuché que golpeaban a la doctora para que confesara en dónde podían encontrarme. Hasta cierto punto, me sentí culpable, pero, al mismo tiempo, agradecido con una gota de venganza. No podía rendirme, tenía que seguir arrastrándome, a pesar de que

mi cabeza sangraba por las veces que me había golpeado contra las paredes en mis costados.

Entre raspones y lágrimas logré salir, no sin antes haber escuchado un disparo que quizá fue el que acabó con la agonía —aunque no con la injusticia— de la vida de la doctora Esperanza Carrito.

Doblemente aturdido: por ignorar si la doctora había muerto y por la sensación de caer. Un río con un olor pútrido me recibió hasta el fondo; una piedra golpeó mi cabeza y me desmayé. La última palabra en mi mente, mientras la corriente me arrastraba, fue “Carrito”, y su risa burlona me acompañó en el flujo desconocido del río contaminado.